



Francisco Ramírez Santacruz
y Martín Oyata (eds.)
El terreno de los días
Homenaje a José Revueltas
BUAP/UNAM/Miguel Ángel Porrúa, México,
2007.

Ejercer la crítica de un texto literario puede resultar algo muy fácil o muy complicado. Fácil cuando la obra en cuestión pertenece a un *corpus* muy estudiado y/o a un autor sumamente conocido. Aunque, bien pensado, tal estado de cosas no impide, en modo alguno, el que el crítico se vea colocado en una situación un tanto desventajosa o problemática. Si, aparentemente, ya todo está analizado, ¿yo qué digo? Un abismo parece surgir de esta pregunta, un abismo paralizante por la constatación, en un primer acercamiento, de algo insalvable; o bien, caso contrario, el de un suculento reto por transgredir el imponente punto final.

La fortuna ante el horizonte adverso es que sabemos por experiencia milenaria que la interpretación de la obra literaria nunca se cierra, que permanece abierta al curioso e imprevisible lector con la fuerza de lo irrepitable, como la novedad que instala lo cotidiano al sucederse el día y la noche.

Decir algo de la obra de José Revueltas ha significado decir algo de su vida y, con ello, decir algo sobre las relaciones de poder, político preponderantemente, pero también social, cultural, económico, amoroso, hasta abarcar el complejo entramado que establece el hombre en su organización con los demás y que le sirve como marco de

referencia frente al cual, en un movimiento de inclusión-exclusión, define su singularidad al tiempo que construye su ser social.

Revueltas, como ya se ha afirmado innumerables veces –no hay estudio, semblanza, comentario que no lo mencione–, fue un militante de izquierda no tan convencional, nada cómodo, incluso más bien molesto, que quiso predicar con el ejemplo, a la manera socrática. Es decir, volver su pensamiento acción, una praxis política y también poética. Su literatura está impregnada de cabo a rabo por su reflexión política, y ésta, calada hasta la médula por su versión de marxismo-leninismo-espartaquismo. Esto es, justamente, lo que la mayoría de los estudios críticos han abordado. Y es que con tal imbricación político-poética resulta complicado intentar otro enfoque que tal vez sonaría incompleto, tal vez un poco miope y hasta algo ligero por no estar cargado con la gravedad de lo que el propio intelectual duranguense decidió poner siempre en primer plano. Según Roberto Crespi, amigo de Revueltas, él expresamente le pidió en una carta “que sus obras literarias no fueran aclamadas después de su muerte ni divorciadas del compromiso político revolucionario de su vida; de que no se lo canonizara ni fueran sus obras neutralizadas por el Estado o los pontífices de la crítica literaria” (*El terreno de los días*, 7).

Pese a todo, lo que ha comenzado a resultar evidente y hasta previsible desde hace tiempo son los análisis de su narrativa con enfoques marxistas. No que ello no sea importante, sin embargo, uno podría preguntarse si no será que por tanto ver el bosque nos hemos perdido en él, que ya no distinguimos la variedad de especies que lo nutren, que lo hacen ser y ofrecer esa gran fronda tan compacta y, no obstante, diversa.

El terreno de los días está integrado por dieciséis ensayos de igual número de investigadores –incluidos Francisco Ramírez y Martín Oyata–, todos con antecedentes en la reflexión de las problemáticas revueltianas y, con excepción de unos cuantos, con una temática que sigue nuevamente la línea política-poética-marxista.

En medio de este discurso ya familiar o habitual, es de destacar el asunto que pone sobre la mesa Oyata, por lo poco indagado; a saber, la vinculación de José Revueltas en los acontecimientos del '68 mexicano (aunque sea muy conocido su encierro en Lecumberri como preso político y su carta donde exonera a los estudiantes y asume totalmente la responsabilidad de lo sucedido), no como ideólogo o conciencia que abanderara las causas estudiantiles, sino como crítico de la mediatización que la UNAM sufrió, contradictoriamente, desde el momento en que el gobierno otorgó su autonomía. Un paréntesis histórico que se abre desde 1944 hasta julio-octubre del '68.

Sin duda un muy buen punto a favor en *El terreno...* lo fue, asimismo, conjuntar las miradas de críticos como Florence Olivier (traductora al francés de *Los días terrenales*, texto altamente significativo en la novelística y en la biografía de Revueltas), de los esposos Andrea Revueltas (hija y albacea designada por el propio autor para el manejo de sus escritos) y Philippe Cheron (traductor al francés de *El luto humano* y *El apando*), así como Evodio Escalante (coordinador de la edición crítica de *Los días terrenales* para la colección Archivos de la Unesco).

Otros trabajos compilados insisten en la lectura de un Revueltas inclinado hacia postulados cristianos, de aquel primer cristianismo bastante alejado de la posterior dogmatización y jerarquización impuesta con la Iglesia ya erigida como toda una institución, vinculación sostenida previamente por Octavio Paz y por la tradición crítica que encuentra parentesco en las maneras de ver el mundo mediante la expresión estética entre Revueltas y Dostoievski.

Otras discusiones propuestas en el volumen discurren sobre la mitología prehispánica, sobre géneros como el melodrama (ya casi tipificado por Carlos Monsiváis como síndrome mexicano); una interesante comparación con la teoría monádica de Leibniz y el emparejamiento de la última novela de Revueltas, *Los errores*, con el género del horror.

La idea central al pensar este libro-homenaje está claramente expresada en la introducción: “urge situar a Revueltas en un contexto latinoamericano” (10) porque aún no se conoce suficientemente en esas latitudes donde todavía privan circunstancias de expoliación y profunda injusticia (características estas últimas compartidas por México), y porque, en opinión de los editores,

[...] aun en los predios de la izquierda, la inmediata otredad del multiculturalismo casi se ha convertido en otra abstracción esencialista y, en tal sentido, protocolar y vacía. Tanto la pérdida como la muerte han sido borradas del espacio imaginario contemporáneo, al menos en el orbe de los países ricos (y de los enclaves posmodernos en los países pobres). Borratura que deviene tanto más cuestionable porque se inscribe en la ignorancia de la muerte que acontece y se promueve en lugares menos visibles, donde las guerras son siempre frías. [...] Revueltas tiene entonces la palabra (14).

Cierra el libro una pequeña pieza de teatro en tres actos, inédita. “Los muertos vivirán” fue escrita en 1947 y dejada casi tal cual. Originalmente sólo se mecanografió el primer acto y los dos restantes permanecieron con sus borraduras y tachaduras en una primera y única versión manuscrita. El título está extraído de una de las cartas que Vincent van Gogh escribió a su hermano Theo, cita que podemos constatar porque aparece como epígrafe y que le va como anillo al dedo. El drama no se despega en nada del estilo revueltiano, ni de sus temas. Hay, eso sí, desde el título, una voz de esperanza que anuncia tiempos menos oscuros, menos nublados aunque para llegar a ellos se deba recurrir al sacrificio y al dolor. Expiación para la salvación.

Concebido como homenaje, aun en contra de la voluntad del aguerrido escritor, el libro cumple su cometido... Pero es conveniente no dejar pasar que todavía resta mucho por mirar no desde el *lado moridor* y revolucionario sino desde el literario. Lilia Solórzano